



PEDRO SOLBES

Ministro de Agricultura, Pesca y Alimentación.

LA ALDEA GLOBAL AGRO-ALIMENTARIA

La última recta del siglo XX está conociendo un amplio proceso de reformas en las políticas agro-alimentarias de todo el mundo. La Comunidad Europea acomete un cambio profundo de su Política Agrícola Común, intentando combinar sus principios históricos con la mayor apertura de la economía internacional y para una mejor defensa del mundo rural. Estados Unidos y otros países con un claro potencial exportador adecúan su capacidad de oferta a los márgenes cada vez menores del mercado internacional, y finalmente, los países con una tradicional mayor dependencia alimentaria del

exterior hacen denodados esfuerzos por aumentar sus propias producciones y garantizar el autoabastecimiento.

Cada cual intenta encontrar un equilibrio entre sus necesidades y sus posibilidades determinadas por las actuaciones de los otros, porque en todos los casos se asume ya como inevitable una interdependencia creciente entre las decisiones propias y las del resto. Nadie puede actuar por libre, olvidándose de los demás.

No solo resulta evidente que está descartada cualquier tentación autárquica, es que nos encontramos metidos de lleno en una especie de aldea global agro-alimentaria, en la que ni siquiera los más poderosos, entendiendo como tales a los países más desarrollados, cuentan con margen de maniobra suficiente para imponer su ley.

Las negociaciones del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) resultan muy elocuentes a este respecto, como ocurre también en la Comunidad Europea con las negociaciones internas para la reforma de la PAC.

Todas las partes comprometidas en una u otra negociación cuentan con parte de la razón y su cuota de verdad solo se verá reconocida si mantiene un firme respeto hacia el resto, porque todos estamos condenados a movernos en un único escenario, en el que están obligados a convivir la multitud de intereses y de matices que aporta la realidad propia de cada región, cada país, cada área del mundo. Globali-

zación del escenario no es sinónimo de homogeneidad entre los actores.

Este concepto de aldea global -rescatado de la terminología empleada para ilustrar la universalización de las comunicaciones- no se agota, sin embargo, con el referente internacional y la ineludible convivencia de diferentes modelos de políticas agro-alimentarias.

La propia realidad agro-alimentaria de cada espacio político y económico se encuentra inmersa en procesos paralelos de globalización interna, de manera que el concepto más tradicional de lo "agrario" no puede entenderse ya sin la interdependencia con la industrialización de las materias primas agrarias y con una tendencia creciente hacia la terciarización de la actividad agraria, en lo que podríamos calificar como una "agricultura de servicios". Todo ello, dentro de mercados cuyas fronteras trascienden siempre los límites "nacionales".

Esta situación se da especialmente en las sociedades más desarrolladas y, por supuesto, en nuestro referente más inmediato de la Comunidad Europea, donde las desigualdades entre regiones o explotaciones no impiden que todos y cada uno de los agricultores se vean obligados a participar del mismo proceso, forzados de una parte por la globalización del escenario internacional y obligados, de otro lado, por su propia dinámica interna.

Los agricultores, como paso inicial del amplio y complejo proceso agro-alimentario, están obligados a mejorar permanentemente su competitividad y a ofrecer aquellos productos que demanda el mercado.

Pero no es suficiente con producir para vender, porque la oferta debe contar con la calidad y presentación que exigen los consumidores, como último eslabón de una cadena en la que los elementos de transformación y distribución generan un valor añadido cada vez mayor.

El agricultor de fin de siglo tiene que ser, solo o asociado, además de productor, almacenista, transformador y distribuidor, si quiere ganar parte de la renta derivada del valor añadido que se genera a partir de su producto, porque solo de esta forma podrá beneficiarse de las consecuencias más positivas de la "aldea global" en la que, quiera o no, estará obligado a trabajar en el futuro.

Con esta orientación hay que diseñar las políticas agro-alimentarias del futuro. Las administraciones públicas deben actuar en esta línea, y así se explica la existencia de empresas públicas como MERCASA, cuya función social se centra en favorecer la existencia de estructuras comerciales capaces de agilizar la cadena agro-alimentaria tan importante hoy para los intereses de los propios agricultores.